

# La página viva

## Hokusai o la vida en pinceladas

José de la Colina

*A los cinco años ya tenía yo la manía de dibujar a los seres y las cosas. A los cincuenta, había hecho una infinidad de dibujos y grabados de todo lo que veía alrededor. A los setenta y tres ya sabía mucho de poner en el papel las olas, la niebla, la lluvia, la nieve, los caminos, las casas, los hombres, las mujeres, los pájaros, los árboles... No dibujé el viento, pues no podemos verlo, pero sí sus efectos al pasar por el paisaje y así lo hice visible de otro modo.*

*Aunque mucho he adelantado en el dominio del pincel, los colores y las líneas, estoy insatisfecho con mi labor, pero sé que a los ochenta años habré llegado a la maestría, sé que a los noventa conoceré el significado de lo que vive y nos rodea por todas partes, y sé que a los ciento diez años habrá en cada una de mis pinceladas el latido de la vida.*

*Yo, Katsushika Hokusai, a quien llaman El Viejo Loco por el Dibujo.*

Hokusai, en *L'Art et la Poésie du Japon*, de Albert Préjean. (Versión de J. de la C.)

\*\*\*

En esta página el gran pintor, dibujante y grabador japonés Katsushika Hokusai (1760-1849) se autorretrataba con el pincel de escribir que era también el pincel de dibujar y pintar.

Katsushika Hokusai nació en Edo (hoy Tokio) de padres desconocidos. Adoptado por un aldeano y aceptado en el taller de un fabricante de espejos para el *shogún* local, luego por un gran maestro del grabado, desde niño acostumbraba ir, con un bote de tinta, con papel y pinceles, a contemplar y fijar cada cambiante matiz de la luz en el bosque, cada ondulación de la sombra de las nubes sobre la nieve cimera del

Fuji, cada cambiante perfil, cada vaivén y cada variación en el ritmo del oleaje en la playa cercana a ese monte conocido como emblema del Japón. La chamacada del barrio, irritada por tal niño incorrecto que prefería el “trabajo” al juego, lo apodaba el Niño Tonto por el Dibujo. Él se sotorreía quizá previendo que al final de su vida, cuando se viera tal como luego se autorretrataría en un grabado: como un viejo flaco, encorvado y calvo, apoyado en un bastón, se pondría en un texto como un veterano buscador y fijador de todas las variantes de la vida. Y asumiendo su empresa loca se autonombró *Hokusai, el Viejo Loco por el Dibujo o la Pintura*.

En ese autorretrato escrito se prometía que a su más avanzada edad lograría un latido de vida en cada una de sus pinceladas. A su muerte a los ochenta y nueve había hecho un incalculable número de retratos, de autorretratos, de paisajes soleados o fantasmados en la niebla o cruzados por la lluvia y la nevisca, de hombres atareados en la pesca y la labranza, de serenos o tormentosos oleajes del mar y de los cursos de los ríos, de actos eróticos entre seres humanos o entre éstos y las bestias (¿cómo olvidar la estampa de la dama a la que un enorme pulpo le hace el homenaje del *cunnilingus*?). Quería fijar con su arte todo cuanto le ofrecía el múltiple y fluctuante mundo visible.

Entre 1823 y 1829 produjo una de sus mayores obras maestras: una estampa (perteneciente a la serie de xilografías *Treinta y seis vistas del Monte Fuji*) en la que una gigantesca ola, erizada de espumas como de uñas, se alza y se curva imitando la garra predatoria de algún monstruo marino, y amagando con devorar las barcas y los pescadores, mientras en el horizonte se yergue altivo y sereno el cono nevado del monte

emblemático. Así había eternizado, no una ola, sino *la* Ola.

Con su vasta y varia obra pictórica y su breve párrafo autobiográfico Hokusai se adelantaba en más de un siglo al muy famoso texto de Jorge Luis Borges:

“Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de navas, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara”. **u**



Hokusai, Autorretrato